

LA HIPOCRESIA DE LA LUCHA CONTRA LA DROGA

MUCHOS son los padres que, abrumados por la aparición del problema de la droga en sus hijos o en los de sus amigos, no aciertan a comprender por qué el consumo de la droga se generaliza más y más en un ambiente de indiferencia prácticamente total. ¿A qué se espera? Cuando en España se ha descubierto el primer laboratorio de fabricación de heroína y cuando, según el último informe de la Comisión de Estupefacientes de las Naciones Unidas, una de las dos rutas de penetración en Europa de los opiáceos y de la cannabis pasa por España y concretamente por los puertos de Algeciras y Cádiz, y cuando el número de drogados en Madrid y Barcelona es cada vez mayor, es difícil comprender que las principales tentativas de informar a los médicos sobre el modo de afrontar la problemática del drogado hayan estado a cargo de la iniciativa privada.

Pero antes de proseguir, quisiera señalar que, según el correspondiente Comité de Expertos de la OMS, el concepto de droga abarca no sólo la marihuana y la heroína, sino también la totalidad de las bebidas alcohólicas. Y si en España el problema de las drogas de aparición reciente no ha alcanzado todavía la magnitud que presenta en los Estados Unidos y en la mayor parte de la Europa Occidental, forzoso es reconocer que la situación en lo que se refiere al consumo de bebidas alcohólicas por los jóvenes es en verdad inquietante. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿Cómo pueden escapar los adolescentes a las 4.000 incitaciones anuales que les llegan por la televisión para conducirlos al uso y quizá al abuso de las bebidas alcohólicas? Nos encontramos así con cifras que realmente deberían llevar a la adopción de decisiones radicales; según un brillante estudio de E. Cáceres, el alcoholismo le cuesta a nuestro país unos 20.000 millones de pesetas al año, y con arreglo a los datos de J. Lint, nos cabe el triste privilegio de ser el tercer país del mundo en consumo excesivo de bebidas alcohólicas (5.350 personas de cada cien mil consumen más de 150 litros diarios de alcohol absoluto), superados sólo por Francia e Italia.

Sin embargo, no deseamos ocuparnos en el presente artículo de las bebidas alcohólicas, sino más bien de las drogas que, conocidas desde hace largos siglos en ciertas regiones del globo, han desbordado sus límites tradicionales y a partir de los años sesenta han invadido el mundo occidental.

La gran hipocresía de la lucha contra la droga comienza en los niveles más elevados. Por definición, todos los gobiernos desean el bien de sus gobernados y de todos los ciudadanos del mundo, pero entonces nos resulta difícil explicar por qué el gobierno de

Turquía ha vuelto a autorizar las plantaciones de opio después de que los agricultores recibieron elevadas indemnizaciones del gobierno de los Estados Unidos justamente para que abandonaran ese tipo de cultivo.

También es difícil de explicar el paso de enormes volúmenes de coca y cocaína desde Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia a los Estados Unidos, y de marihuana desde Méjico. Es evidente que el cultivo de esas plantas en extensiones de muchas hectáreas no pueda hacerse a escondidas de todo el mundo

heroína, bastarían para aprovisionar a los toxicómanos occidentales durante más de cuatro años si una buena parte del opio no se desviara a los fumadores del Asia sudoriental. Esos Estados birmanos pedían unos 100 millones de dólares, lo que no es mucho si se tiene en cuenta que el gobierno de los Estados Unidos destina cada año 700 millones de dólares a la lucha contra la droga, pero al no haberse llegado a un acuerdo, ya han iniciado su marcha hacia la frontera thailandesa, por los senderos de la jungla birmana, las ca-

se le dice o se le manda que estudie o que trabaje, pero en general se le da escasa capacidad de decisión sobre su propio porvenir. En este sentido interesa señalar, como lo ha hecho E. H. Erikson, que la duración de la adolescencia es más breve y la integración mucho más rápida en los obreros jóvenes, que deben incorporarse en poco tiempo al circuito socio-económico.

Aun reconociendo las insuficiencias de toda simplificación, creo que los problemas del adolescente de hoy pueden resumirse en una sola frase: rechazo de la sociedad actual. Tras la segunda guerra mundial, hombres de Estado y pensadores trataron de crear, con cierto idealismo ingenuo, una sociedad que fuera justa, equitativa y pacífica.

Forzoso es reconocer que en pocos países se ha avanzado en esa dirección, y entonces los jóvenes no sólo se sienten burlados, sino que van más allá y derriban de un papirotazo todos los valores en que habían creído muchas generaciones: la ética del esfuerzo, la superación de uno mismo, la necesidad existencial del trabajo, la estructura familiar tradicional, la integración sexual y otros.

En función de esa nueva situación, el joven actual adopta tres posiciones: 1) estudia o trabaja tratando de encajarse lo antes posible en la sociedad; 2) critica todo destructivamente, y es entonces el joven de mayo de 1968 en Francia, o de una situación análoga, o 3) se construye un universo fuera de la sociedad y pone en práctica, solo o con sus pares, sus nuevos conceptos de la existencia. Este es ciertamente un universo fantástico, en el que el principio del placer domina al principio de la realidad, pero es un mito, una formidable engaño, una fuga, en donde el adolescente no afronta sus problemas existenciales, sino que los evita. Es el tipo de posición que lleva sin rodeos a la droga.

Sólo una sociedad más sincera consigo misma podrá afrontar con éxito el problema de la droga. No se trata simplemente de restaurar los llamados valores tradicionales, porque los jóvenes se dejan difícilmente engañar y conocen por experiencia propia e histórica la enorme dosis de hipocresía que ocultan muchas llamadas al «trabajo y las buenas costumbres». No puede haber en ese sentido nada más demostrativo que ver en el banquillo de los acusados de un Tribunal de Washington a los principales promotores de la doctrina de «la ley y el orden».

El drogado es un triste fruto de una sociedad en crisis, y lo menos que puede hacer ésta es adoptar medidas de ayuda eficaces y no dedicarse por sistema a encarcelarlo o marginarlo. ■ DR. J. A. VALTUERA.



Para afrontar los problemas del joven drogado hay que evitar dos peligrosos escollos: menospreciar su importancia o adoptar medidas puramente punitivas. (Foto: O. M. S./E. MANDELMAN.)

y que si las autoridades encargadas de reprimirlo pusieran auténtico interés en su tarea, sin duda se reduciría el tráfico a muy escasas proporciones. Las autoridades francesas han demostrado perfectamente que la eliminación del tráfico es factible; Marsella, que era hace unos años el punto de paso del tráfico de heroína para toda Europa, ha dejado de ocupar esa posición gracias al esfuerzo de los servicios franceses especializados, dirigido contra los grandes cabezallas y no contra el pequeño drogado, víctima de todos los engaños.

Es realmente estremecedor ver con qué frialdad se juega en las «altas esferas» con la felicidad y la salud de miles de jóvenes. La periodista Catherine Lamour narra recientemente las discusiones que habían tenido lugar entre los Estados shans (integrados con cierto grado de autonomía en la Unión birmana) y ciertos representantes estadounidenses para venderles en origen las 500 a 700 toneladas de opio cosechadas en el presente año, que, una vez transformadas en

ravanas de mulas cargadas con el opio y la heroína que harán de nuevo estragos entre los drogados de todo el mundo.

Es muy fácil describir a los drogados con los más negros colores, pero cuando se les ha tratado de cerca puede asegurarse que en la inmensa mayoría de los casos son víctimas de una situación que ellos mismos no han creado. No queremos afirmar en absoluto que cada familia sea responsable del drogado que aparece en su seno, pero estamos convencidos de que la sociedad sí tiene una dosis importante de culpa en la actual difusión de las toxicomanías.

En numerosos medios, el desarrollo y la organización de la personalidad del adolescente están convencionalizados por las sanciones y los tabúes de la sociedad, en particular por los ritos de iniciación. Algunas culturas facilitan al adolescente modelos muy netos que le permiten orientar su vida. En nuestra sociedad occidental, las estructuras actuales no definen en general la función del adolescente;